

# In memoriam

---

## CHARLES P. KINDLEBERGER

---

Alfonso Carbajo

El 7 de julio, a los 92 años de edad, moría en Cambridge (Massachusetts) Charles Poor Kindleberger, durante veinticinco años, hasta su jubilación en 1976, Ford International Professor of Economics en MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts). Y durante casi medio siglo, hasta prácticamente un año antes de su muerte, uno de los economistas académicos más prolíficos y originales en campos tan diversos como la inversión internacional directa, la historia de la especulación y las crisis financieras, la historia financiera de Europa, la Gran Depresión o las relaciones entre el poder político y el dinero, para citar algunos de los muchos temas que atrajeron el interés de una mente siempre inquisitiva.

Aunque a lo largo de su vida, especialmente en la segunda mitad, desplegó una intensa actividad investigadora, el talante de Kindleberger no encaja, en modo alguno, en el estereotipo del académico encerrado en su torre de marfil. Todo lo contrario, lo que asombra de su personalidad es cómo pudo conciliar una vida excepcionalmente aventurera con el éxito en la profesión sedentaria de economista académico en la que lo difícil es tener aventuras.

Charles P. nació en Nueva York el 12 de octubre de 1910, en una familia acomodada. Su padre era abogado, y la familia consiguió sortear sin demasiadas estrecheces los difíciles años de la depresión gracias a la precaución de haber realizado todas sus inversiones financieras pagando al contado. Charles obtuvo su licenciatura en la Universidad de Pensylvania y el doctorado, mucho

más tarde, en Columbia. Para subvencionar sus gastos, se dedicó en los últimos veranos de la carrera a embarcarse como marinero en un carguero que hacía la ruta entre varios puertos escandinavos y soviéticos. El año 1928, en pleno *boom* bursátil, trabajó como recadero en una agencia de valores de Wall Street. Posiblemente esas tempranas experiencias laborales sembraron la semilla de su interés posterior en el comercio internacional y en la psicología de la especulación bursátil.

En 1935 buscó trabajo en el Banco de la Reserva Federal de Nueva York "para tener un conocimiento práctico del mercado de divisas", según sus palabras, y como su incorporación fue aplazada hasta octubre de 1936, aceptó, provisionalmente, un puesto en el Departamento del Tesoro, en Washington, donde se dedicó, a las órdenes de Harry White (1), a calcular paridades de poder adquisitivo, por un salario anual de 2.400 dólares.

En octubre del 36 entró en el Departamento de Estudios Internacionales del Banco de la Reserva de Nueva York, bajo la dirección de Emile Despres, donde se dedicó al seguimiento de las transacciones exteriores, especialmente de los movimientos de capital, sustituyendo a Despres cuando éste se trasladó a Harvard en 1938.

En febrero de 1939, Kindleberger cometió "la decisión estúpida" de aceptar una asignación en comisión de servicios por tres años al Departamento de Estudios del Banco Internacional de

Pagos de Basilea (BIP). "Fue una decisión absurda —confesaba el interesado años más tarde— porque cualquiera que tuviera algo de visión habría olfateado una guerra en el horizonte, pero yo no me di cuenta". Pronto pudo percartarse, porque cuando el joven matrimonio Kindleberger terminaba de instalar sus enseres en Basilea, las tropas de Hitler conquistaban Checoslovaquia. Continuaron en Basilea en un clima de creciente aprensión hasta que la caída de París les decidió a regresar a Estados Unidos. Su estancia de año y medio en el BIP le sirvió a Kindleberger para familiarizarse con el alemán y el francés, adquiriendo dos herramientas que le serían muy útiles en diferentes fases de su carrera profesional.

De nuevo en la Reserva Federal, fue asignado al Consejo de Gobernadores (CGRF) en Washington, donde se dedicó a hacer estimaciones de la balanza de pagos y a participar en las negociaciones del Acuerdo de Préstamos y Arriendos con Gran Bretaña. En aquel ambiente prebélico conoció a Alvin Hansen (2), cedido temporalmente por la Universidad de Harvard, quien, poco después, al ser nombrado por Roosevelt Presidente de la Comisión Económica conjunta de Estados Unidos y Canadá, eligió a Kindleberger como Secretario de la Comisión, un puesto desde el que pronto se convenció de la necesidad de que Estados Unidos entrara en la guerra que hasta entonces libraba en solitario Gran Bretaña contra las potencias del Eje.

No faltaba mucho para que él mismo jugara un papel más directo en el conflicto porque en 1942 tuvo la oportunidad de ingresar en la División de Investigación y Análisis de la recién creada Oficina de Servicios Estratégicos (Office of Strategic Services) (OSE), el precedente de la CIA actual, que se nutrió en sus inicios del núcleo de economistas de la Reserva Federal, incluidos sus jefes, Emile Despres y Chandler Morse. En la División de Investigación, donde se le encomendó la Sección de Suministros y Pertrechos Militares, entabló una amistad estrecha con dos jóvenes analistas, Carl Kaysen y Sidney Alexander (3), que posteriormente serían colegas suyos en el MIT.

Hoy parece imposible que, a pesar de la enorme influencia que ya entonces ejercía en los asuntos mundiales, Estados Unidos no contara en 1941 con un organismo central de inteligencia y que tuviera que improvisar la OSE, después de Pearl Harbor, como un servicio de apoyo de la Junta de Estado Mayor, cuyo jefe supremo, el general George Marshall, el gran estadista de su genera-

ción, insistió en dotar con técnicos independientes de las plantillas de personal de los departamentos de Estado y de Defensa.

"La nueva institución era tributaria de los experimentados servicios de inteligencia británicos, a los que adquiría toda la información, que el ejército inglés transmitía con una condescendencia que no dejaba de irritar al joven Kindleberger, que la empezó a sufrir directamente desde su traslado en febrero de 1943 a Inglaterra para preparar los programas de bombardeos aéreos de las fuerzas de aviación americanas. La irritación nacía de su creencia (acertada) de la superioridad del reducido grupo de analistas de la OSE en Londres sobre sus homólogos británicos porque eran más competentes y porque trabajaban los siete días de la semana interpretando todas las fuentes de información imaginables. Entre los colegas de Kindleberger estaban Carl Kaysen, Walt Rostow, William Salant y Robert Roosa (4).

Una anécdota permite apreciar la animosidad entre los servicios de inteligencia aliados y la capacidad de los americanos para compensar la carencia de agentes operativos detrás de las líneas enemigas mediante el recurso al análisis económico. En una reunión presidida por el general Bradley, los ingleses presentaron un plan de bombardeo de Bremen, justificado por el importante objetivo logístico de la fábrica de aviones Foche. Kindleberger atacó el plan con el argumento de que la planta de Foche había sido trasladada a Marienburg, en Prusia Oriental. Sin decir palabra, el oficial británico le enseñó a Bradley la placa de corrección de rumbo de un avión recientemente derribado en la que estaba grabada la siguiente inscripción: "Foche-Wulf, Bremen". Entre las sonrisas de la representación británica, Kindleberger le pidió la placa al general, le dió la vuelta y mostró a la concurrencia el reverso, donde podía leerse, a mano, "Foche-Wulf, Marienburg". El protagonista comentaría el incidente años más tarde: "Mi padre siempre dijo que la suerte y la sorpresa eran factores decisivos para convencer a un jurado". El episodio sirvió para que el Estado Mayor americano empezara a confiar en sus servicios de información y para que Omar Bradley designara a Kindleberger oficial en la Sección de Inteligencia de Suministros y Transportes de su Estado Mayor, del que formó parte hasta el final de la guerra, cuando se licenció con el grado de comandante.

La OSE pasó a depender del Departamento de Estado al terminar la guerra. En Washington se

encontró Kindleberger con sus antiguos jefes y colegas de la División de Análisis, Despres, Chandler, Kaysen y Rostow y con otros nuevos, como Paul Sweezy, entonces cedido por Harvard y lejos todavía de convertirse en el economista marxista fundador de la *Monthly Review*. Como responsable de la División de Alemania y Austria, Kindleberger tuvo que pasar largas temporadas en Bélgica, Alemania, Austria y la Unión Soviética. El experto en la destrucción se convirtió así en uno de los abogados de la reconstrucción de los países derrotados, una tarea facilitada por el nombramiento del general Marshall como Secretario de Estado el 24 de enero de 1947.

Es indudable que Kindleberger desempeñó un gran papel en la elaboración y la tramitación del Plan Marshall. Tradicionalmente se ha considerado a George Kennan, William Clayton y Paul Nitze como los arquitectos del Plan, pero esto se debe a que eran, junto a Dean Acheson, los altos cargos del departamento. Hay varias razones para pensar que a Kindleberger se le ha dado menos crédito del que merece en esta ocasión histórica. En primer lugar, Kennan era un especialista en temas soviéticos mientras que Kindleberger era en 1947 posiblemente el mayor experto sobre temas económicos centroeuropeos, con una experiencia directa, vivida sobre el terreno, de las necesidades de reconstrucción de Alemania y Austria. Segundo, el joven economista había absorbido del primer libro de Keynes las trágicas consecuencias económicas de la Paz de Versalles y el desastre de las reparaciones alemanas. Tercero, Kindleberger, con su equipo, realizó las estimaciones y las proyecciones de producción y consumo globales (de productos estratégicos) y de los déficit de balanza de pagos de las economías europeas que sirvieron de base a la discusión de las cifras concretas de la ayuda americana. Cuarto, esta tarea era valorada por el Secretario Marshall, quien decidió que Kindleberger le acompañara, formando parte de la delegación americana, a la Conferencia de Ministros de Asuntos Exteriores de Moscú, que se prolongó desde el 10 de marzo al 24 de abril de 1947. Quinto, lanzado el Plan Marshall en la famosa conferencia de Harvard del 5 de junio, quedaba la tarea de venderlo al público, y, en especial, la de conseguir las necesarias dotaciones presupuestarias, y con esta finalidad Kindleberger tuvo que testificar varias veces en la Cámara de Representantes y en el Senado durante la segunda mitad de aquel año. Por último, en 1973 la Fundación Truman Presidential Museum and Library decidió adquirir todos los papeles de Kindleberger del período 1943-48, por considerar-

los relevantes para un mejor entendimiento de la política exterior de la era Truman (5).

En 1948 entró como Assistant Professor en MIT, respondiendo a una vocación académica tardía que sería extraordinariamente fructífera, con más de treinta libros y centenares de artículos publicados hasta entrado el siglo XXI. Es imposible dar aquí algo más que un comentario esquemático de algunas de sus obras más importantes. Todas ellas reflejan el espíritu inquisitivo de su autor, su pragmatismo, un extraordinario dominio de las fuentes históricas y un sano eclecticismo doctrinal. Como hijo de la Gran Depresión y testigo de la dislocación bélica, la experiencia directa de las miserias que hay que sufrir cuando los mercados no funcionan bien, o cuando hay que esperar a que se equilibren por sí mismos, le inspiró para siempre este lema: "Si no funciona, arréglalo".

En 1953 publicó un manual, *International Economics*, que se mantuvo en primer lugar de ventas durante dos décadas y todavía tiene un nicho de mercado (en su undécima edición), después de la transferencia a Peter Lindert, su primer colaborador y coautor, a quien cedió los derechos en 1983 (6).

En 1967 publicó un interesante trabajo, *Europe's Postwar Growth: The Role of Labor Supply*, en la que se planteaba un problema palpitante de las décadas 50 y 60, la explicación del milagro alemán y del extraordinario diferencial de crecimiento de las economías del entonces Mercado Común respecto a la de Estados Unidos, una situación desgraciadamente desaparecida, pero cuyo análisis puede volver a tener relevancia actual.

La obra manifiesta, del principio al fin, el espíritu original e independiente de Kindleberger. En el tema, al elegir una cuestión social de hondo calado y no un preciosismo técnico. En el tratamiento realista del fenómeno a explicar, que le exige incorporar todos los hechos relevantes, entre los que considera fundamentales no sólo las tasas de crecimiento del orden del 6 por 100, sino la circunstancia de que se obtienen con inversiones directas que impulsan al progreso técnico y, sobre todo, con estabilidad de salarios gracias a la inmigración de trabajadores de las economías periféricas, España, Portugal, Turquía y el Magreb. En el pragmatismo en la utilización de las fuentes, que no son sólo estadísticas, sino documentos históricos de todo tipo, desde informes de organismos públicos y privados a memorias de políticos y opiniones de empresarios.

Pero el espíritu independiente del autor se manifiesta, sobre todo, en la utilización del modelo a aplicar. En los años sesenta y setenta el juguete de moda entre los economistas era el modelo neoclásico de crecimiento, en todo tipo de variedades y refinamientos, y la opción más fácil para Kindleberger hubiera sido aplicar al problema del crecimiento europeo el modelo de moda, cuyo autor, Robert Solow, era colega suyo en el MIT y lo estaba utilizando para determinar (residualmente) la tasa de progreso técnico en Estados Unidos.

Kindleberger sostenía que el modelo neoclásico era inadecuado para dar cuenta de la realidad europea que quería explicar. La esencia del modelo es que a largo plazo la tasa de crecimiento de la población (y la de progreso técnico) determina el crecimiento de la economía. La expansión de la población es, pues, el factor limitativo del desarrollo. Pero en la Europa Central de postguerra la oferta de trabajo era, a todos los efectos, infinitamente elástica, gracias a la válvula de seguridad de la inmigración laboral procedente de los países mediterráneos. En su opinión, una economía alimentada por la inversión directa procedente de América y por la fuerza de trabajo disponible a salarios de subsistencia procedente del Mediterráneo exigía la aplicación de un modelo ricardiano (7) y esto es lo que hizo, con brillantez, para iluminar toda la evidencia disponible. Tres décadas más tarde asistimos otra vez al fenómeno, esta vez en la periferia de Europa, del crecimiento económico diferencial apoyado en la inmigración procedente de Ecuador y Colombia, del Norte de África y de la Europa del Este.

En *American Business Abroad: Six Lectures on Direct Investment*, aparecido en 1969 y que, en contra de lo que anuncia el título, no es el producto final de una serie de conferencias o lecciones, Kindleberger sentó las bases del estudio de la empresa multinacional desde la perspectiva de la organización industrial y de las imperfecciones de mercado (incluidas las limitaciones protectoras del sistema de patentes), en una línea de investigación que continuarían explotando sus discípulos, desde Stephen Hymer a Steve Magee.

*The World in Depression 1929-39*, considerada por muchos su mejor obra, apareció en 1973 y, en una edición revisada, en 1986. Ha sido aplaudida por Galbraith y por Temin, ambos estudiosos del período, como el intento más acabado de explicar la Gran Depresión como un fenómeno de alcance

mundial, de complejas ramificaciones reales y financieras, cuyas consecuencias fueron amplificadas por errores políticos, muchos de los cuales parecen a posteriori perfectamente evitables.

A partir de este libro se inicia la distinguida carrera de Kindleberger como historiador de las finanzas internacionales, en la que figura como la obra más popular la muy famosa *Manías, Pánicos and Crashes: A History of Financial Crises*, publicada en 1978, hace ya un cuarto de siglo, con una cuarta edición aparecida el año 2000 (8).

El libro es un catálogo de episodios desde la burbuja de la Compañía de los Mares del Sur, la manía especulativa de los tulipanes o el fraude de la Compañía de las Indias Orientales, hasta la fiebre compradora de solares en Florida. Kindleberger explica muy bien el dinamismo de las burbujas: la liquidez inicial genera rendimientos, lo que atrae nuevos compradores que elevan más los precios, el entusiasmo autoalimentado por las nuevas alzas se torna euforia y, por último, en manía, que desemboca en pánico cuando algún acontecimiento externo hace recobrar el realismo a un grupo de compradores. También documenta la relación frecuente entre los episodios especulativos y las estafas y los escándalos financieros de índole diversa. El corolario político del repaso a la evidencia histórica es la necesidad de un prestamista de última instancia que actúe sólo en casos extremos para evitar el hundimiento de empresas sólidas, pero evitando el riesgo moral (ambigüedad constructiva).

Los críticos más superficiales calificaron *Manías* como un brillante ejercicio de erudición histórica pero carente de relevancia práctica para nuestros días de mercados de valores eficientes, estabilidad monetaria y supervisión efectiva. Los pensadores más originales no pensaron lo mismo. Fischer Black declaró en 1980 que esta obra era uno de los diez trabajos de finanzas más importantes que había leído durante los últimos cinco años. El mentís a los críticos vino con el estallido de la burbuja bursátil en el año 2000, que convirtió al libro de Kindleberger en lectura de moda entre los operadores de Wall Street.

Entre sus muchas obras históricas, probablemente la más representativa sea *A financial History of Western Europe* (9), escrita en 1985 y disponible en una edición de 1993, en la que analiza el desarrollo de todos los instrumentos financieros, desde los bancos medievales en Italia, el bimeta-

lismo, hasta el mecanismo de los tipos de cambio en los noventa. El capítulo quince contiene la descripción más clara del mecanismo de arranque y difusión de las crisis financieras.

Desde su primer libro sobre el tema, *Power and Money* (1970), a Kindleberger le fascinó el asunto complejo de las influencias recíprocas entre la política y la economía, y muchas publicaciones suyas recogen esa preocupación: *The International Economic Order* (1988); *Economic Laws and Economic History* (1990) and *Private Money and Public Currencies* (1994), por ejemplo. Para Kindleberger, la alternancia de poderes hegemónicos a lo largo de la historia tiene gran importancia para asegurar la provisión de bienes públicos internacionales, entre los que ocupa un lugar central la función de prestamista de última instancia. Sus reflexiones más penetrantes están recogidas en *World Economic Primacy: 1500-1990* (1996), una obra en la que pasa revista a la historia económica moderna y examina la naturaleza de las cuatro potencias que se han turnado en el dominio mundial: el imperio español, el imperio holandés, el imperio británico, (las ansias frustradas de un imperio mundial francés) y el poder hegemónico de Estados Unidos.

En los períodos en los que no hay un poder claramente dominante, las rivalidades entre un número reducido de actores mundiales imprimen a la economía mundial la inestabilidad típica del oligopolio. En ausencia de un gobierno mundial organizado, el mundo se beneficia siempre que existe una gran potencia dominante. Kindleberger no oculta su admiración por el imperio británico, cuya involucración en todos los asuntos económicos del mundo tuvo su correspondencia en la disposición a asumir la responsabilidad (con los costes correspondientes) del mantenimiento de la seguridad y la estabilidad financiera internacional, y cuestiona la idoneidad de Estados Unidos para cumplir un papel semejante en la actualidad. Una obra de esta naturaleza está dirigida a abrir interrogantes y a sugerir hipótesis, más que a dar respuestas cerradas, y en este sentido *Economic Primacy* ha proporcionado material de investigación para una nueva generación de historiadores y de expertos en relaciones públicas internacionales.

Kindleberger tuvo la deferencia de publicar sus memorias, *The Life of an Economist: An Autobiography* (1991), aunque desgraciadamente la edición está ya agotada. El lector que quiera explorar las corrientes y contracorrientes de una

vida fascinante, a la que esta breve semblanza no puede hacer justicia, debe recurrir a esta fuente imprescindible. Uno de sus numerosos discípulos, Jagdish Bhagwati, le rindió el mejor homenaje póstumo: "Otros profesores de MIT me enseñaron a dominar las técnicas. Charlie me regaló sus ideas". Kindleberger se había dedicado los últimos meses a recoger estadísticas sobre el sector de la construcción para determinar si la economía americana había entrado ya en la fase de gestación de una burbuja inmobiliaria. Kindleberger se ha ido pero sus ideas continuarán sirviéndonos para entender este mundo complejo, configurado por nuestras manías, euforias, contagios y pánicos.

#### NOTAS

(1) Harry Dexter White llegó a ser Chief Economist for International Relations en el Tesoro durante los años de la guerra, y en esta condición encabezó la delegación americana en las negociaciones de Bretton Woods, en las que el Plan White terminó prevaleciendo sobre el proyecto más ambicioso de Keynes, plasmándose en la Constitución del Fondo Monetario Internacional del que White sería director ejecutivo hasta poco antes de su trágica muerte en agosto de 1948, tras testificar ante el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso.

(2) El campeón de la divulgación del keynesianismo en Estados Unidos, Alvin Hansen, fue probablemente el economista académico más influyente del país desde su conversión a la Teoría General hasta mediados de los años cincuenta. Célebre también por ser el defensor de la tesis del "estancamiento secular" de la economía americana, que gozó de extraordinaria popularidad en la postguerra hasta su refutación en los trabajos de Milton Friedman sobre la renta permanente y de Franco Modigliani sobre el ciclo vital del consumo.

(3) Carl Kaysen, A. Skinner Professor of Political Economy en la Universidad de Harvard, una autoridad en el área de la seguridad internacional, fue asesor de política internacional del Presidente Kennedy en 1961-1963 y en la actualidad dirige un grupo de trabajo sobre los costes de la guerra de Irak.

Sidney Alexander alcanzó notoriedad como autor del enfoque absorbente para explicar el desequilibrio de la balanza por cuenta corriente.

(4) Walt Rostow (fallecido el 13 de febrero de 2003) tuvo una carrera política y una carrera académica a cual más brillante. Cuando el Presidente Kennedy le llamó en 1961 para ser asesor en la Casa Blanca, era profesor de historia en MIT, después de haberlo sido en Oxford y en Cambridge, y el autor aclamado de uno de los libros más difundidos de la época, *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista* (1960). De 1964 a 1968 fue National Security Advisor con el Presidente Johnson. En 1969 reanudó su carrera académica como profesor, esta vez de la Universidad de Texas, donde desplegó una actividad intensa hasta poco antes de su muerte. Su último trabajo es *The Great Population Spike and After: Reflections on the 21st Century* (1998).

William Salant, hijo del New Deal, era un brillante economista especializado en política fiscal, cuya prometedora carrera se truncó a principios de los cincuenta.

Robert Roosa, fue Subsecretario del Tesoro en los 60 y se hizo famoso por la introducción de diversos expedientes orienta-

dos a paliar el creciente déficit de la balanza de pagos, como los llamados "Roosa Bonds", los acuerdos de divisas entre bancos centrales y la "operación twist", ésta última llevada a cabo en colaboración con la Reserva Federal.

(5) Muchos de los informes elaborados por Kindleberger al comienzo de la postguerra están recogidos en el volumen *The German Economy, 1945-1947: Charles P. Kindleberger's Letters from the Field* (1989).

(6) La traducción española de la primera edición de este manual es, por desgracia, detestable, como lo eran casi todas las realizadas sobre materias económicas por una casa editorial de Madrid cuya identidad le resultará fácil descubrir al lector curioso.

(7) Concretamente, como reconoce generosamente Kindleberger en el primer capítulo, que dedica a una exposición del modelo, todo el trabajo es una aplicación del análisis del artículo de Arthur W. Lewis, "Economic Development with Unlimited Supplies of Labor", publicado en 1954 en *Manchester School of Economic and Social Studies Review*. Este artículo aparece citado explícitamente en la noticia del Comité del Premio Nobel al concederle el galardón a Lewis (que lo compartió con Theodore W. Schultz) en 1979.

(8) Hay traducción española con el título *Manías, Pánicos y Cracs*.

(9) Hay traducción española.